
Filosofía y cine

«I Confess» (Yo confieso), de Alfred Hitchcock

- LA MORAL EN LA ENCRUCIJADA -

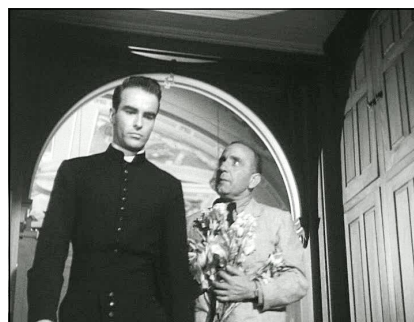


Introducción

Muchas buenas películas admiten una gran variedad de lecturas. Este también es el caso de «Yo confieso», película de 1953 dirigida por Alfred Hitchcock. Basada en la obra teatral «*Nous deux consciences*» del escritor francés Paul Anthelme, la película presenta a un sacerdote católico atormentado por una confesión en la que un asesino le confiesa el crimen que ha cometido recientemente. Los principios religiosos impiden al sacerdote desvelar el acto malévolo cometido por el pecador, pero su conciencia le insta a denunciar al culpable de asesinato y, además, la vida del propio sacerdote estará en peligro, ya que será juzgado por tal asesinato.

Esa lucha entre principios morales de distinto orden y procedencia queda muy bien plasmada en esta película, que aquí trataremos de comentar en clave ética.

La película fue rodada en Quebec (Canadá) y cuenta con el actor Montgomery Clift como protagonista. El final de la película no fue el deseado por el director ni tampoco es el que figura en la obra de teatro original. Fue impuesto por la empresa productora de la película buscando mayor rentabilidad en taquilla y tratando de evitar polémicas morales.



¿Si supieras lo que él, qué harías?

La película comienza con el «cameo» de Hitchcock e inmediatamente se muestra el cadáver. Todo comienza, pues, por el final: la muerte. No hace

falta esperar mucho para averiguar quién es el culpable, pues él mismo hará la confesión. Sin embargo hará falta esperar hasta el final para saber quién será castigado por el crimen.

La trama se va desarrollando como una especie de movimiento de la conciencia sometida a continuas dudas que hacen tambalear la reflexión sobre las normas y principios morales y sobre la obediencia al deber. La tarea es ardua: denunciar o callar, sacrificarse o salvarse, condenar o perdonar.

Toda la película es el latido del dilema moral al que ha de enfrentarse el espectador: ¿Qué harías si supieras lo que él sabe? En el trasfondo de la historia se dibuja un dilema aún más importante y general: ¿Qué tipo de normas han de ser las prioritarias? ¿Las religiosas han de estar por encima de las estrictamente morales? ¿Es más importante la ley civil o la conciencia personal? ¿Qué grado de libertad tiene el individuo para decidir en dilemas como el planteado en esta película? ¿Existen crímenes justificables? ¿El que protege a un asesino es su cómplice? ¿Son posibles principios morales universales? ¿Qué posición ética es más convincente: el relativismo o el universalismo?

A todas estas cuestiones se enfrentan el protagonista y el espectador. Ambos parecen atados por una misma cuerda: el deber. Ante este la conciencia moral queda obligada a posicionarse y, entonces, ha de resolver si obedecerlo o no. Pero, si lo hace, ¿atendiendo a qué: a las consecuencias o al deber mismo?

En el debate interior de la conciencia del protagonista y del espectador se balancea la ética kantiana, la cual diferenciaba entre éticas materiales y formales, y resolvía su posición ante el deber: este ha de ser respetado por sí mismo. Para Kant la libertad es el postulado fundamental o primero de la moral y sin dar por hecho que somos libres no podemos ser morales, pues sin libertad no hay responsabilidad y sin esta última no existen acciones morales. Pero junto a esta dupla libertad-responsabilidad, la otra base de la moral en

Kant es la racionalidad: la conciencia, para para ser moral, no solo ha de ser libre, sino que ha de ser libre racionalmente. Presuponer, entonces, la capacidad de la conciencia para llevar a cabo un comportamiento racional y libre son condiciones necesarias para que la norma moral universal sea la de obedecer el deber por el deber mismo. Un deber nacido de la libertad racional de la conciencia individual. Lo racional es que mi conducta moral libre sea compatible con principios universales. He ahí, pues, el imperativo categórico de Kant: *«Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda convertirse siempre y simultáneamente en principio de legislación universal»*.

Kant consideraba que lo que nos hace moralmente dignos es este esfuerzo continuo por actuar de acuerdo a ese principio, aunque resulte muy difícil cumplirlo en todas las situaciones. Independientemente de las consecuencias que encierre, ninguna situación puede negar la libertad del individuo moral ni tampoco que éste ponga en marcha su razón práctica, es decir, que actúe moralmente. Por la libertad la acción moral cobra intención o motivación, reconoce sus intereses y actúa movido por ellos; también por esa misma libertad la acción moral es deliberada y se convierte en real eligiendo qué hacer. Por la libertad la acción moral se vuelve responsable: solo a quien actúa libremente se le puede imputar, se le puede hacer responder por lo que hace; es decir, solo quien es libre es responsable de lo que hace. Finalmente por la libertad la acción moral cobra justificación, se ajusta a normas y principios elegidos, asumidos.

Según Kant actúa moralmente quien desde su libertad adopta el imperativo categórico antes enunciado. Ahora bien, ¿quién está en condiciones de mantener hasta el final ese imperativo ético? Desde luego el sacerdote no, pues si lo que rige su norma subjetiva (no desvelar una confesión) lo hiciéramos todos, un crimen, un robo, o cualquier otra acción inadvertida (o sin testigo), pero repudiable y punible, permanecería impune, pues salvo el propio agente ejecutor nadie más podría denunciar la mala

conducta. Obviamente tampoco cabe inferir de esto que la base de la moralidad tenga que ser la delación. Únicamente es indicativo de que ante el mal la reacción no debe ser la indiferencia.

Será Alma, la mujer de Otto, el asesino, quien movida por su conciencia moral denuncie finalmente a su marido exculpando así al cura. Alma parece poseer, pues, esa fuerza que permite respetar el deber por el deber mismo con independencia de las consecuencias acarreadas. Pero Alma morirá: su marido le dispara al verse delatado. Así pues, la heroicidad moral de Alma queda convertida finalmente en sacrificio. De la moralidad se ha pasado a la santidad, de lo humanamente posible a lo inefable.

Además de la ética kantiana a esta película de Hitchcock también se le puede arrimar la filosofía de Hegel. Decía este filósofo alemán en su *Principios de filosofía del derecho* que una voluntad que no decide no es una voluntad real, así que solo por medio de la decisión entra el hombre en la realidad, porque la decisión le obliga a ponerse límites, es decir, a comprometerse con la finitud y, de ese modo, a abandonar lo infinito. En esta película de Hitchcock el sacerdote, como cualquier otro, se siente comprometido con lo infinito (o sea, Dios), pero en cada decisión adoptada niega a Dios, abandona lo infinito, porque se compromete con lo finito, se ve inmerso en una situación y obra sobre ella.

Finalmente cabe comentar el tratamiento que recibe la religión católica en esta película. Seguramente algunos opinarán que el sacerdote es un héroe y que la religión católica es elevada a modelo de comportamiento moral. Otros, en cambio, diagnosticarán que el sacerdote es una víctima de su propia religión, un esclavo de los principios morales católicos que provocan su fracaso personal y su angustia: él sabe que matar está mal y también mentir, pero siguiendo las normas de su religión no debe desvelar la confesión del asesino ni tampoco mentir. Así pues, la religión católica se convierte en un callejón sin salida y en cierto modo en una parálisis: el

sacerdote se debate sobre qué hacer (denunciar o callar), pero no hace nada. Vive atormentado, angustiado, y no es capaz de poner fin a esa situación personal. Lo que da sentido a su vida, su religión, al mismo tiempo se la está quitando. Cabría, entonces, pensar que el catolicismo (y quizá la religión en sí misma) es una contradicción: te quita lo que te da. Al sacerdote le reconforta al tiempo que consigue intranquilizarlo, pues por su religión el cura permanece sumido en la desesperación y la angustia; le ofrece paz a la vez que se la arruina, lo salvó de la frustración y de la desesperanza tras la guerra (recordemos que antes de hacerse cura fue soldado en la Segunda Guerra Mundial), pero ahora lo condena privándole de toda esperanza. ¿Si la película comenzaba con un muerto, la religión es ahora el cadáver? Esta, lejos de salir reforzada, más bien parece en descomposición; en vez de servir de ayuda, solo entorpece. En el guión original el sacerdote es condenado a muerte en el juicio, pero la productora cinematográfica aplicó la censura para cambiar el final y salvar al cura. Así la distribución de la película se garantizaba una mayor aceptación social y, por tanto, más beneficios económicos y menos polémicas.

Como aquí no nos importan las ganancias monetarias pero sí mucho las polémicas, hemos apuntado estos temas para su reflexión y debate.

ACTIVIDADES

1. Defina los siguientes términos: *ética, moral, conciencia moral, deber, éticas materiales y éticas formales, norma moral, valor moral, imperativo categórico, libertad.*

2. Responda a estas cuestiones: *¿Qué harías si supieras lo que él sabe? ¿Qué tipo de normas han de ser las prioritarias? ¿Las religiosas han de estar por encima de las estrictamente morales? ¿Es más importante la ley civil o la conciencia personal? ¿Qué grado de libertad tiene el individuo para decidir en dilemas como el planteado en esta película? ¿Existen crímenes justificables? ¿El que protege a un asesino es su cómplice?* En todos los casos argumente las respuestas.

3. *¿El sacerdote protagonista en la película adopta una ética material o formal? ¿Por qué?*

4. *¿Qué paradigma ético resulta más convincente: el relativismo o el universalismo moral? ¿De cuál de ellos parece estar más cerca el protagonista de esta película? Argumente las respuestas.*